

El Arte

Revista hebdomadaria.

Núm. 48. 2 de Diciembre de 1899.

Año I.

VEGUITA

—

—Muchachos,—nos decía mi anciano tío, golpeando con la contera de su bastón el duro pavimento de la cocina; y como si esta palabra, adornada por lo común con un par de interjecciones, tuviese un mágico poderío, todos los niños, hasta entonces en ruda batalla con Morfeo, saltábamos sobre los respectivos asientos, abríamos unos ojos como huevos y permanecíamos inmóviles y silenciosos, dispuestos á escuchar los relatos que, ya fantásticos ó históricos, alegres ó tristes, nos hacía el buen tío, con el objeto de acortar las largas noches del invierno.

Aquel día, la palabra «muchachos» fué sola y escueta, sin ninguno de los indispensables adornos y floreos; en tono, ya que no dulce (pues el veterano general, acostumbrado á hablar entre el fragor del combate, se expresaba siempre á voces y en imperativo), al menos no tan brusco como el ordinario, y hasta con cierta emoción en lo que cabía en aquel corazón de acero.

Una vez producido el efecto de costumbre, mi tío comenzó su relato del siguiente modo:

—Voy á contaros una historia de mis mocedades, historia recordada hoy, pues vengo del entierro de uno de sus personajes. No os importa el día; sólo os diré que era uno del año 1859. La noticia de la declaración de guerra al Africa se había extendido por el cuartel con vertiginosa rapidez, juntamente con la de que nuestro regimiento formaba parte de la primer brigada expedicionaria, y en consecuencia debíamos partir de un momento á otro. Las dos noticias fueron confirmadas en la orden del día, produciendo entre la oficialidad el consiguiente júbilo, traducido en apretones de manos, más ó menos estrujantes, y en libaciones, más ó menos copiosas. Sólo permanecía abstraído y triste un oficial jovencito, casi un niño, y hacia él dirigí mis pasos; era Santiago Vega, ó *Veguita* como le llamábamos los ca-

maradas; mi mejor amigo, hijo del brigadier jefe de la primer brigada expedicionaria, y que victima de una afección cardiaca, cuya causa él y yo sabiamos, y los demás se figuraban, no partia...

.....

Dos días después, á dos leguas de la ciudad, estábamos comiendo, con el objeto de tomar fuerzas para resistir lo penoso de la marcha y el entusiasmo salvaje de los pueblos que atravesar debiamos, cuando á lo largo del camino vimos una ligera nebulilla, que se iba acercando cada vez más, hasta que entre los hurras de todos, *Veguita*, que habia pedido voluntariamente ir á campaña, entraba á galope en el improvisado campamento. Todos achacaron á valor lo que realmente era cobardía, pues abandonaba una lucha desastrosa y sin honra por otra menos cruel y con lauros. *Veguita* amaba, y no era correspondido; y lo que yo ya habia adivinado al verle venir, resultó, por desgracia, cierto; habiendo sufrido un nuevo desaire por parte de *ella*, iba á que otros hiciesen lo que él no se atrevía á hacer, matarse.

.....

Tiempo después, estábamos acampados en las llanuras de Guad-el-Jelú, y las fogatas de las cercanas colinas, al inclinarse á impulsos del viento, iluminaban con fatídica luz roja compactas masas de moros armados: todo nos hacia suponer que pronto nuestra brigada sufriría su bautismo de sangre, y ante tales presagios, temblábamos, como entonces temblaban los novatos y hoy tiemblan los veteranos; todos temiamos, todos, menos el abanderado del regimiento, *Veguita*, que estaba transfigurado de júbilo ante mi, que le contemplaba estupefacto. Comenzóse la batalla, y no adelantábamos un paso, más bien retrocediamos: los generales nos animaban y arengaban, y nosotros no nos moviamos; de pronto, un abanderado de lanceros salió á galope, frente á la artillería enemiga, agitando la bandera, cuya amada insignia siguió todo el regimiento, el cual quedó casi en total fuera de combate, pero dueño de la artillería mora: la victoria era nuestra.

—¿Dónde está ese oficial?—preguntaba el brigadier Vega al finalizar el combate; y arrancándose la cruz de San Fernando, dejadme, decia, que condecere ante todo á un valiente.

—Vedle ahí—contestó uno de sus ayudantes, señalando á un joven muerto á sus pies.

—¡Mi hijo!—exclamó sollozando el desgraciado. Era él, *Veguita*, que tenia la bandera en una mano, y en otra el retrato de *ella*.

.....

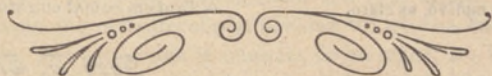
—¿Y *ella*?—preguntó el más chico, en vista del silencio del tío.

—De su entierro vengo; al terminar la campaña se casó con Vega.

—¡Con *Veguita*!—exclamamos todos á coro.

—No, con su padre, el brigadier, ascendido á general de división por aquel hecho de armas.

Figanzete M. Cráez



¡SOLA ALLÍ!...



Ven, niña, de la selva á la espesura,
do filtra el sol sus rayos sin ardor,
allí donde es más bella la natura,
allí donde gorjea el ruiseñor.



Allí donde nos brinda de las flores
sus aromas la brisa en confusión;
allí donde el arroyo, en sus rumores,
entona la más rítmica canción.



Allí, bajo el dosel de la enramada,
cuya sombra convida á descansar;
allí donde á lo lejos la cascada
silenciosa se la oye golpear.



Allí donde el amor, gacela mía,
se muestra claramente y sin rubor;
allí, bella mansión de poesía,
allí es donde expresarme sé mejor.

Eduardo Tejerina

Cuento viejo.

Visitaba un cardenal,
recién venido de Roma,
un pueblo poco importante
que está cerca de Girona;
y dió la casualidad
que una hacendada señora
había muerto aquel día,
dejando á la Iglesia *mosca*,
y con tal motivo, es claro,

todas las campanas tocan.
Al cardenal le chocaba
que dura-se tantas horas
el doblar de las campanas,
y al párroco, con gran sorna,
le dijo: — ¡No le molesta
este ruido, no le estorba?...—
A lo que éste contestó:
— *Tantum valent quantum sonant.*

José G. Elípe

Castigo y perdón.

¡Ay madre querida!
¡Ay madre del alma!..
¡Qué razón tenias
cuando me decías:
— No debes amarla!

¿Por qué no te escucharía?
¿Por qué no oí tus sollozos?
¿Por qué, madre de mi vida,
por qué yo no seguiría
tus consejos amorosos?

La perjurá me engañó,
hizo lo que yo contigo;
ella tampoco escuchó
las protestas de mi amor.
¡Era del cielo un castigo!

Mi grande y sincero amor,
lo mucho que yo la amaba
y mi profunda pasión...
se han transformado en dolor
al saber que me engañaba.

Pero, madre, la perdono
con todo mi corazón;
expiaré su abandono
con dolor, no con encono;
remediaré así mi acción

La culpa fué sólo mía
por depositar mi amor
en un alma envilecida,
sin oírte, madre mía;
sólo oí mi corazón.

La otorgaré mi perdón,
la procuraré olvidar.
acallaré mi pasión...
sólo con la condición
de que me has de perdonar.

¡Ay madre querida!
¡Ay, madre del alma!..
¡Qué razón tenias
cuando me decías:
— Procura olvidarla!

Enrique Menor

¡DESGRACIADA!



Parecía que todo su ser palpitaba en un supremo espasmo voluptuoso. Estaba dormida, muellemente reclinada en un diván, dejando, en el abandono de su sueño, descubiertos encantos que no había yo apreciado. Entonces me preocupaba lo bello, no la belleza.

¡Cuánto se varía en un momento! Un rato antes, loco, feliz, pues dichoso me consideraba al olvidar mi eterna lucha por la existencia, sólo apreciaba la cuantía de su amor, no la calidad; pues no puede ser bueno el amor comprado, y aquel lo era. Ahora me fijaba, no con los sentidos, sino con el alma, en aquella garganta que una inquieta respiración hacía estremecer, en aquellos sus ojos cerrados y protegidos por sedosas y largas pestañas, en aquellos mil aspectos con que su belleza se me presentaba.

Al verla dormida, respeté el sueño que calmaría la excitación nerviosa en que siempre se hallaba sumida... Me acerqué á la chimenea, me senté, y alzando las puntas del visillo miré hacia la calle, en donde se percibían las claro-oscuras tintas de un día lluvioso; debía hacer gran frío, y, sin embargo, en aquel gabinete encantador, hasta la temperatura embriagaba; la lluvia caía menuda, un ligero vientecillo mecía las hojas de los tiestos colocadas en el friso del balcón, y poco á poco una especie de letargo se apoderó de mí... Por mi febril fantasía desfilaron algunos cuadros, cual vistas de cinematógrafo.

La veía buena y mimada en el seno de sus padres, amada, seducida y más tarde despreciada por su idolo, y sin sondear las células nerviosas de su cerebro, comprendía lo aniquiladas que estarían, pues era incesante el trabajo de aquella cabecita.

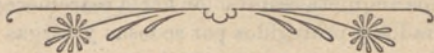
Después, en un hospital, en una de cuyas salas yace en una cama, la veo otra vez... Pero ¿cómo? ¡Dios mío! Pálida; sus ojos más parecían ya las fosas en que se habían de convertir; su nariz casi transparente, sin aquel tinte rosado y aquel movimiento nervioso que la caracterizaba; una tosecilla seca, intermitente y aterradora por el sonido, y luego... luego el febril movimiento de la mano con el pañuelo á los labios, de donde brotaba una preciosa gota de sangre, más hermosa aún por la falta que la hacía. El continuado runrún de una Hermana de la Caridad, completaba el cuadro... triste, tristísimo.

Más tarde, otro cuadro percibe mi exaltada fantasía. Es una sala, amplia, circundada por grandes ventanas, en cuyo piso in-

clinado se perciben numerosas atarjeas; á los lados de la sala una doble fila de mesas de mármol evidenciando con su blancura las negras manchas de sangre que las cubren... A poco, dos hombres traen envuelta en una sábana una masa inerte, que brutalmente depositan en una mesa... La descubren, ¡oh dolor! es su cadáver... Un hombre, seguido de otros varios, se dirige hacia ella, apoya una mano sobre su pecho, y con la otra corta, raja y destroza hasta que... ¡Triste, muy triste es ver el corazón de una desgraciada en manos de un extraño!...

Después, me despierto, la miro sobresaltado, no quiero turbar su sueño tan tranquilo, y sin hacer ruido, salgo murmurando:
¡Desgraciada! ¡Desgraciada!

Agapito Gutiérrez Escalona



Á una ventana.



Valiste mucho más de lo que vales
en otros tiempos para mí mejores;
una mujer de hechizos seductores
siempre estaba detrás de tus cristales.

Tu marco de claveles y rosales
se deshizo á la vez que los amores;
rodaron los cariños y las flores
al soplo de los cierzos otoñales.

Contemplándote paso hora tras hora;
y viéndote, ventana, tan vacía,
me acuerdo de mi niña encantadora.

Me acuerdo, sobre todo, cuando el día
tus cristales de púrpura colora...
¡me acuerdo de qué modo sonreía!

Mariano Castaño



Resolución irrevocable.

-♦-♦-♦-♦-♦-♦-

—¿Con que al fin, Ramón querido,
piensas casarte muy pronto?

—Sí, Telesforo.

—¡Qué tonto!

—Me he empeñado en ser marido.
Pero el trance es apurado
y difícil de verdad,
y tengo necesidad
de tu apoyo.

—¡Desgraciado!

¿Y en qué puedo yo servirte?

—En esta ocasión, de mucho.

Tú, en mujeres, eres ducho.

—¡Qué gracia!

—No has de reírte.

Escucha con atención

lo que te voy á decir:

—Está bien, puedes seguir,
queridísimo Ramón.

—Necesito una mujer
que haga mi dicha completa:
¿cuál me conviene?

—Enriqueta,

la niña de don Javier.

—No me gusta, es una chica
bastante sentimental.

Cítame otra.

—Cruz Vidal.

—Tampoco.

—Pero es muy rica:
tiene una dehesa en Granada
y diez casas...

—¡Tontería!

¿Ya no hay más?

—Si Rosalía.

—Esa es loca rematada.

—¿Y Obdulia, te gusta?

—No;

es pequeña.

—¿Y Beatriz?

—Tiene un grano en la nariz
que la ha criado moho.

—¿Y Leocadia?

—Es muy morena.

—¿Y Luz?

—Es bastante rara,
y además tiene la cara
igual que una berengena.

—Pues si quieres mujer fina,
Faustina.

—Es de poco peso,
y solamente por eso
ya no me agrada Faustina.

—¿Y Matilde?

—Es un costal
de patatas mal atado.

—¿Y Emerenciana Salado?

—Es un tipo original
que me causa un tedio horrible
y me inspira antipatía.

—Pues sólo queda María.

—Esa es atroz, irascible;
y antes, que me coja un toro
que yo unirme á esa mujer.

—Pues, chico, vas á tener
que renunciar.

—¡Telesforo!

Eso no lo hará este *cura*.

Pero has de considerar
que no me voy á casar
con un montón de basura.

Y si hoy mismo no hallas nada
que satisfaga mi gusto,
dándote á la noche un susto,
me caso... con tu criada.

Enrique Junquera



El manzano.



x

«Adorado Alberto: Desde que te marchaste á la corte no he dejado ninguna mañana de visitar á nuestro querido manzano... ¿Te acuerdas? A su sombra nos conocimos, á su sombra nos hemos hablado y á su sombra nos hemos jurado amor eterno... ¡Cuántas veces ha sido testigo de nuestra felicidad!... Gracias á que no es envidioso...

«Hoy le he visto; sigue tan hermoso... Tenía una manzana grandísima, verde y rosa, como nuestras esperanzas... La he guardado, y conservaré hasta que vengas para comérmola juntos...

«Espero mañana carta tuya; no dejes de escribir. Adiós.—Tuya siempre, *María.*»

xx

«Mi querido Alberto: Con ésta son cinco las cartas que te he dirigido, sin haber recibido respuesta alguna... ¿Se han extraviado?... ¿Estás enfermo?... ¿O es que ya no me amas?... Contéstame; te lo suplico.—Tuya, *María.*»

xxx

«Alberto: Indudablemente me has olvidado... Seis meses sin saber de tí... Esto es desesperante... Ahí en la corte hay mucha mujer guapa ó coqueta... Mi amor le has arrojado á un lado... No sabes la pena que tengo; el manzano está helado, muerto... Sus hojas mustias y secas...

«Esta mañana, al verle, su aspecto entristeció mi alma, y el corazón presintió algo que me hacía daño... Sí, Alberto; ¡tu amor hacia mí se ha marchitado, se ha muerto como el manzano!...—*María.*»

.....

EL MANGÓN

A mi buen amigo el notabilísimo y aplaudido actor Emilio Carreras.

Del sainete cómico-lírico, próximo a estrenarse en uno de los principales teatros de esta corte, *La Duquesita*.

—Estanislá, no me toques
á la vergüenza nativa,
ni ofendas la dignidaz
de un varón..

—¡Qué sensitivo!...

Porque te diga que eres
un chulapón y un gorrista,
que siempre llegas á tiempo
donde se come y se tira
el dinero, no es *pa* que
tú te azares en seguida
y te pongas hecho un boer,
y sueltes las patas..

—Mira:

yo á ti, te lo azmito todo...
¡Dame esa media gallina,
que te la azmito también!...
Pero me da mucha ira
que porque uno esté en menguante
le tomen el vello...

—¡Atiza!...

Pues es un menguante crónico
el que padeces...

—Tenia,

antiyer, veinte del ala,
y en casa de la Justina,
en un momento de juelga
las derreti...

—¡Derretian!...

Porque tú, según carculo,
hasta los residuos tiras
del orificio nasal;
pero en jamás me convidas,
Simeón, ni á un chico en grande
de Lozoya....

—Es muy malina

esa sustancia y no quiero
que te perfores las tripas...
¡Qué rico es este jamón!...
¿Quién te quiere á tí, monisma?
Tu chache, que está chalao
por esa cara divina,
y ese cuerpo tan gitano,
y esas caderas... (postizas),
y esos cuatro solitarios,
y ese mantón de Manila,
que tiene mejor empeño
que el estoque del Guerrita...
¡Remonona!

—¡Zalamero!...

—Si tuviera yo una mina
de oro de ley, tuya era...
Liquidé la cajetilla;
¡maldita siá! ¡ni un pitillo!
Habrá que fumar colillas
hasta que venga el creciente...
—Pues *pa* rato tienes...

—¡Vida!

¿Puedes prestarme un mosquito.
ú sea un duro? En garantía
del préstamo te daré
veinte bocaos... ¡Toma!

—¡Quita,

que puedes inocularme
el bacilus sodo-bicar-
bonatado-antiespasmódico
cloro-morbo!...

—¡Qué monisma
estás así!... Dame el duro,
anda...

—Toma, hombre.

—¡Qué rica!

—Pero, escucha, paga el gasto.

—(¡Pagaban!) Vuelvo en seguida.

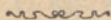
.....
.....



Tiro certero.

(De Le Rire.)

CUENTO Y MOTIVO



—¡Vamos! lo que digo yo es la verdad pura y neta: nada; en mediando mujeres no puede haber cosa buena. No sabes qué bien hacía aquel juez, según se cuenta, cuando ocurría algo grave, en preguntar: «¿quién es ella?»

—Vaya, vaya, don Fernando,— le dije,—creo que peca de exagerado y de injusto, sin recordar otras épocas en que fué usted inclinado, y mucho, á las hijas de Eva.

—No lo niego; pero entonces eran amables, discretas, cuanto hoy son calculadoras, burlonas y hasta ligeras, sin pensar más que en los moños, en bailes, bullas y fiestas. ¡Oh, desgraciado de aquel que se halla bajo su férula! Y esto me recuerda un cuento que viene como de perlas.

«Confesaba un jovenzuelo, y, entre sus culpas diversas, se acusó de ser más que algo aficionado á las hembras. Acabó su confesión y le echó la penitencia el *pater*, sin decir nada de aquella afición funesta. Le hizo notar la omisión el joven, mas le contesta el cura:—«No lo he olvidado; pero de culpas como esa, ellas te darán el pago y tendrás cabal la cuenta.»

—¡Ja, ja, pobre don Fernando!

En cambio de esa conseja,
¿quiere que le diga yo
por qué tan duro se muestra
con las chicas, y por qué
tan poco amables son ellas?
Porque aún no tienen veinte años
y usted pasa de sesenta.

J. José Fernández

DELIRIO

(SONETO)

Ser quisiera el espejo en que te miras,
el aire que se filtra por tu boca,
la brisa que tus rizos de oro toca,
el amante feliz por quien suspiras;

El ambiente purísimo que aspiras,
el fuego abrasador que te sofoca,
el apuesto doncel que te provoca,
la atmósfera embriagada que respiras;

El agua en que tu hermoso rostro bañas,
los caprichosos bucles de tu pelo,
para que con tus manos me tocaras;

Quisiera ser tus ojos, tus pestañas;
y, en fin, quisiera ser tu Dios, tu cielo,
para que de este modo me adoraras.

Federico González Ruiz

Líos.

Yo te quiero con delirio
y tú quieres á Prudencio,
y Prudencio quiere á otra
que por mí se está muriendo.

Elena Lista, parece
que es tonta desde muy niña,
mas ahora dice la gente
que siempre fué tonta Lista.

M. Villaverde Quintanar

ILUSIONES

—*—

Volverán en la senda de la vida
ilusiones hermosas á brotar,
y esperanzas grandiosas y risueñas
mi ser alentarán.

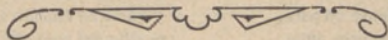
Pero aquella ilusión que abrió camino,
y me hizo conocer dicha y pesar,
aquella que hoy tan sólo es un recuerdo...
esa... ¡no volverá!

Volverán del cariño los reflejos
mi existencia sombría á iluminar,
y ardientes frases alguien á mi oído
tal vez murmurará.

Pero el cariño aquel que yo soñaba
en la ilusión de la primera edad:
vehemente, sincero, hermoso y puro...
ni vino... ¡ni vendrá!

Eterna lucha, amargas soledades,
errores, desengaños, hondo afán,
torpeza, hipocresía, indiferencia,
hallamos sin cesar.

Esto es lo cierto; sé por experiencia
que, por desgracia, es la cruel verdad,
y no obstante, al sentir, mi alma protesta...
¡ante esta realidad!



Resumen.

—*—

Niña, conlé inocente
de este mundo en la bondad,
y me lancé en su corriente,
encontrando solamente
indiferencia y maldad.

Gloria ansí en mi ignorancia;
busqué con grata ilusión;
luché con tenaz constancia,
para sacar en sustancia...
lo que el negro del sermón.

Antonia Bustos

En un abanico.

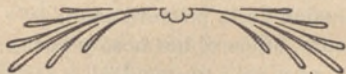


Me ofreces, amable Elvira,
Tu abanico, porque en él
Escriba la expresión fiel
Que tu belleza me inspira.

Mas perdona, si incivil,
No escribo *Amor* resumiendo
Las gracias que estás vertiendo
De tu figura gentil.

Y no pienses que es desaire:
Es, niña, porque me inquieta
pensar, si el calor aprieta,
que con mi Amor te *des aire*.

E. de Castro



Cantares.



El cariño que te tuve
no renacerá ya en mí,
porque el amor que se extingue
no suele ya revivir.

Si pudieras penetrar
y mirar en mi interior,
te encontrarías grabado
tu nombre en mi corazón.

Es extraño en la mujer
que ame siempre la verdad,
porque si no miente un poco,
nunca llega á hacerse amar.

Por los rayos X tengo
retratado tu interior,
y vacío he encontrado
el sitio del corazón.

Eduardo Guillar

Manuel González

Ni por ser pobre te humilles,
ni por rico te hagas fuerte;
que en las luchas de la vida,
todo lo iguala la muerte.

J. Ruano Villegas